

EL BIEN COMUN Y LA ENSEÑANZA

Fragmentos de la Carta Pastoral "*La restauración cristiana de la cultura*" de 6 de diciembre de 1953, del entonces Obispo de Astorga, Excmo. y Revdmo. Sr. Dr. Jesús Mérida Pérez.

Publicado en el número 45 de VERBO el estudio del P. Guerrero, S. I., *Significado de "orden público" en la declaración sobre libertad religiosa*, nos parece muy oportuno recordar estos fragmentos de la Pastoral "LA RESTAURACION CRISTIANA DE LA CULTURA" del que fue Obispo de Astorga, Dr. Jesús Mérida, que nos puedan ayudar a meditar sobre el concepto del "*bien común*" y el de "*justo orden público*" en relación con el de *libertad religiosa* en un país de *unidad católica*.

Proclamar, de una parte, que en todos los centros docentes estatales debe darse educación católica como la Iglesia quiere que se dé, y procurar, o aun simplemente consentir, por otra, que los maestros sean acatólicos, es una manifiesta contradicción. Ambos extremos son incompatibles, y quien pretenda su armonía da claras muestras de que no sabe lo que pretende o de que procede con evidente insinceridad. El que desea el fin ha de aceptar los medios necesarios; y medio necesario e insustituible para suministrar educación católica es el educador católico.

Donde la población esté dividida en grupos de diversa confesión religiosa se habrá de prescindir, a lo menos entre ciertos límites, de la religión del profesor, sin hacer de ella mérito ni demérito en quien aspira a una cátedra; bastará que en las clases comunes a todos los alumnos sea guardado el debido respeto a las diversas confesiones y se ordene la enseñanza de la religión de suerte que cada uno pueda oír explicaciones de la suya. Pero donde todas las familias son católicas y desean una competente formación católica para sus hijos, no sólo no tiene sentido, sino que lo tiene lamentablemente contrario al bien común y a la justicia la designación de profesores no católicos, y más lamentablemente aún la designación de anticatólicos; porque, como antes indicábamos, tales profesores, conscientemente unas veces, incons-

cientemente otras, actuarán contra la voluntad de las familias y de los alumnos hiriendo sus convicciones y sus sentimientos religiosos.

Y a la verdad, sería una gravísima incongruencia que, a tenor del artículo 26 del novísimo Concordato, en todos los centros docentes "la enseñanza se ajustará a los principios del dogma y de la moral de la Iglesia Católica", y para que así sea, "los Ordinarios ejercerán libremente su misión de vigilancia sobre dichos centros", y "podrán exigir que no sean permitidos o que sean retirados los libros, publicaciones y material de enseñanza contrarios al dogma y a la moral católica"; y, sin embargo, no se impida que el profesor mismo enseñe doctrina anticatólica; como sucedería inevitablemente si no fuera católico.

El magisterio de escritores y publicistas.

Pero en la formación religiosa y moral de los jóvenes no sólo forman parte los profesores; asimismo influyen, ya en bien ya en mal, ciertos autores de obras literarias, históricas, filosóficas, artísticas, religioso-morales y, en general, versantes sobre temas llamados culturales y antropológicos.

Cuando no profesan la fe católica y, más aún, cuando le son hostiles, es psicológicamente inevitable que viertan en sus escritos toda clase de errores contra los dogmas y la moral cristiana, y aun contra la historia de la Iglesia y de sus instituciones, y en muchos casos harán de sus obras armas de un apostolado entusiasta y tristemente eficaz contra las creencias y contra las costumbres cristianas. Si, además, al servicio de tan perversa intención ponen una vasta erudición, un estilo sugestivo y una fama, en parte, merecida por ciertas excelentes cualidades, en parte, malignamente fabricada por enemigos de la Iglesia, solícitos de atraerles la atención y la afición de la juventud, apartándola de otros autores ortodoxos e incluso de mayores méritos, entonces es incalculable el daño que se causa a las almas.

Tendencia peligrosa.

No dudamos, venerables Hermanos y amados Hijos, de que es necesario al presente recordar tan elementales verdades. Porque desde hace varios años se viene manifestando en nuestros medios intelectuales una tendencia que da lugar a un confusio-atención vigilante para que no se fustre la ilusión que en ella

nismo, "al cabo del cual adivinamos una desorientación peligrosa en esta generación, que crece tan vigorosa y pujante, haciendo concebir magníficas esperanzas" (1), y, sobre todo, en esta juventud universitaria de ahora, que "es, en su conjunto, una de las mejores que España ha disfrutado nunca" (2), porque está dotada de un aïán de superación hacia todo ideal humano noble y recto y siente, como no sintieron jamás nuestros jóvenes, la inquietud religiosa ante los graves problemas de su destino ultraterreno; pero que, por eso mismo, es preciso cuidar más con atención vigilante para que no se frustre la ilusión que en ella tiene cifrada nuestra Patria.

En 7 de marzo de 1947, ante el peligro que de nuevo amenazaba a la educación de nuestros escolares, escribíamos: "En la escuela tuvo su origen la revolución que en nuestros días sembró con un millón de cadáveres el suelo sagrado de España; pues si bien fueron las muchedumbres populares, engañadas y enloquecidas, las que realizaron la vandálica devastación, no actuaron sino como masa gregaria bajo el impulso y dirección de los intelectuales salidos de las aulas. Y no somos pesimistas respecto al porvenir de nuestra Patria, porque el pesimismo es incompatible con nuestra fe sobrenatural en la Providencia y nuestra fe humana en los destinos históricos de España. Pero optimistas, y profundamente optimistas, no podemos despreciar el peligro de que, solapadamente, si no a cara descubierta, se vuelva a hacer en la escuela otra siembra de ideas revolucionarias —ya están de nuevo en nuestro mundo intelectual algunos de los antiguos sembradores—, siembra que en el futuro hipotético más o menos lejano —que Dios quiera jamás se convierta en realidad, pero cuya posibilidad no se puede excluir del cálculo de las previsiones humanas— produzca amargos frutos, que sería preciso ahogar otra vez en sangre para salvar la vida del país, reincidiendo de este modo, aunque bajo otras formas, en aquella trágica falta de lógica en que, según nuestro incomparable Mella, incurrieron los políticos liberales que en el pasado régimen entronizaban los principios para tener después que fusilar las consecuencias" (3).

Y en 1.º de abril de 1949, ante la aparición de un nuevo e irregular magisterio extrauniversitario, a cargo de antiguos docentes regresados de un exilio voluntario, pero forzosamente alc-

(1) Revista *Ecclesia*, núm. 641, pág. 3.

(2) Revista *Alcalá*, núm. 45, pág. 3, col. 3.

(3) *La restauración cristiana de la enseñanza. Carta pastoral*, página 68.

jados de la cátedra por su incompatibilidad con el sentir de la nueva España, decíamos:

“Otro peligro, más grave todavía porque constituye una amenaza directa a la fe católica de las nuevas generaciones, es el de corrupción de las inteligencias por obra de los antiguos sembradores de ideas revolucionarias, intelectuales harto olvidadizos, ensayistas más que filósofos, los que ya estaban y los que ahora llegan cuando una Patria cordial les dio acogida en su seno... Si España, generosa y magnánima, los admite de nuevo a la social convivencia, perdonando sus pasados yerros, vengan en buena hora a vivir y trabajar como los demás españoles. Pero, ¡por Dios, sin ruido!, no vayan a despertar a tantos muertos y tantos héroes que cayeron víctimas de una revolución que, allá en su origen, se alimentó de sus falsas doctrinas. Y cuidado con ese intelectualismo exótico y racionalista, porque si no, la savia joven que da vida al nuevo Estado se perderá al contacto de lo artificial y lo falso, y habrá sido inútil el sacrificio de un pueblo que por Dios y por España se levantó y luchó un 18 de julio de 1936” (4).

Aquellas voces de alarma conservan hoy toda su palpitante y tremenda actualidad porque de entonces acá ha aumentado el número de “sembradores” que, por sí o por medio de hombres de buena fe, más o menos inconscientes, vienen actuando en la vida pública española con aquella mayor habilidad propia de “los hijos de este siglo, que son, en sus negocios, más sagaces que los hijos de la luz” (5).

Los antiguos “dioses” vuelven, y son aquellos “falsos ídolos intelectuales” a los que se refería el Emmo. Sr. Cardenal Primado, a la sazón Obispo de Salamanca, al condenar, en su Pastoral de 8 de mayo de 1938, “la idolatría del intelectual sólo por serlo, y el fetichismo del libro, cualquiera que sea su contenido”.

De algún tiempo a esta parte, contra lo mandado en el *Monitum* de la Suprema Sagrada Congregación del Santo Oficio, de 15 de marzo de 1925, recordado en la Instrucción de la Conferencia de Metropolitanos, de 25 de julio de 1950, se ha dado en la flor de evocar en la tribuna, en la prensa y en la radio, con emocionadas exaltaciones, a ciertas figuras “de anteayer, de ayer y hasta de hoy mismo”, escritores y profesores

(4) *La restauración cristiana del orden público. Carta pastoral*, páginas 21-22.

(5) *Luc.*, 16, 8.

de talento indiscutible y de evidentes méritos culturales, pero de no menos indiscutible y evidente heterodoxia y aun agresividad y desprecio contra lo más esencial y bello de nuestra santa religión y de su historia, para no decir nada de sus inexactas apreciaciones sobre personas y gestas patrias, ni de la parte que tuvieron en la corrupción del ambiente político y, especialmente, académico de los lustros anteriormente inmediatos a la Cruzada Nacional, y en las ruinas materiales y morales que de aquel ambiente se derivaron y aún seguimos padeciendo; aunque, por la misericordia divina, que de los males saca bienes, no haya sucumbido España en la tormenta, sino que más bien, después de superarla, se haya orientado hacia el norte de una completa restauración católica.

Nadie debe negar a tales escritores sus reales méritos cuando se trata de emitir el juicio sobre ellos; ni debe oponerse a que, cuando sea necesario o conveniente, sean leídos y estudiados según las normas que la prudencia dicta y la Iglesia sanciona para el uso de los libros prohibidos o peligrosos; pero no es tolerable que se les erija en maestros indiscutibles del pensamiento español y guías de la juventud universitaria, y se les exhiba ante los jóvenes, siempre "menores de edad" intelectualmente, como escritores intachables y ortodoxos, y no se haga mención de sus errores y de los riesgos de su inconsiderada lectura; que se proclame su estudio como indispensable para la formación de la España católica que anhelamos, sin distinguir lo que en él pueda haber de bueno de lo que real y abundantemente hay de malo; y que al mismo tiempo sistemáticamente se desprecie el magisterio insustituible de otras figuras españolas de no menor actualidad y pura ortodoxia, que superan, sin controversia posible, en sabiduría, buen juicio y objetividad crítica, a esos ídolos.

Con semejante táctica los jóvenes son doblemente engañados. Por una parte, se les da a entender que los grandes maestros del pensamiento católico español nada tienen que decir a la generación presente, y aun que nada han dicho de valer a las precedentes, y deben ser relegados a la correspondiente sección bibliográfica, para uso exclusivo de anticuarios e investigadores. Por otra, se les persuade de que esotros autores son geniales filósofos, pensadores y literatos, y los únicos que pueden ostentar la genuina paternidad de la ideas y del estilo de los hombres del día, y ofrecernos la mentalidad que han de revestir los creadores de la España justa, culta, próspera y cristiana que soñaban los campeones de nuestra gloriosa Cruzada; y, por tanto, deben ser leídos, estudiados y asimilados sin recelo alguno.

No es posible mayor aberración. Increíble parece que insignes varones, sólidamente formados en teología, filosofía perenne y humanidades, conocedores perfectos de la literatura y de la historia, y críticos admirables en todos los aspectos de la cultura cristiana, nada tengan que enseñar a una juventud que aspira a la regeneración católica de España en todos los órdenes.

Pero más increíble todavía resulta que escritores adversarios de los dogmas de la moral cristiana y renegados del signo católico de la historia de España, puedan ser maestros indiscutibles de una generación ilusionada con la recreación de una patria culta, justa, poderosa y próspera, pero católica, cualesquiera que sean sus méritos como intelectuales.

¡Juego peligroso el de formar mitos intangibles con figuras de la intelectualidad, que si tuvieron una significación valiosa en el terreno de la literatura o del pensar elegante, no la tuvieron ni pueden tenerla en el ámbito de la eficacia constructiva!

No negaremos la conveniencia de que sus escritos sean prudentemente utilizados por razones de trabajo científico, erudición necesaria y formación en ciertos aspectos de la cultura, a la que — bien sabido es — también autores heterodoxos y cívicamente vituperables pueden contribuir, estudiados con las debidas prevenciones y, en su caso, bajo la dirección de sabios profesores. La misma Iglesia, ¿no utilizó a los escritores paganos para la formación de la juventud cristiana, convenientemente expurgados y anorados? Pero nunca sin limitaciones, anotaciones, reservas, cautelas, pueden ser declarados guías del pensamiento y menos aún de la juventud universitaria.

Para pintar "la situación espiritual del estudiante universitario de todos los tiempos, hambriento de pan intelectual y literario verdaderamente saciador, después de haberse nutrido con la didáctica lactancia de la segunda enseñanza y de los manuales escolares", ha sido aducida muy oportunamente la frase de San Agustín: "Cresce de lacte ut ad panem pervenias" (6). Y ante las exigencias de una minoría estudiantil "inquieta y ambiciosa que (exigua o dilatada) existe, y en proporción creciente va a existir, según todas las señales, a lo largo de los años más inmediatos", se ha sentado, como primer postulado, que la conducta de "los encargados de saciar este apetito de perfección espiritual" ha de consistir "ante todo en no hacer lo que pueda traer más perturbación que ayuda". Exactísimo. Y por eso precisamente

(6) S. AUGUST.: *In Psalm. CXXX*, 2 (MI, 37, col. 1.710).

venimos señalando reiteradamente en este documento pastoral el peligro de poner en manos de los jóvenes, que —repetimos—, aun salidos de la Universidad, continúan siendo menores de edad intelectualmente —¿quién se jactará de haber alcanzado la plena mayoría de edad intelectual?—, obras heterodoxas o de dudosa ortodoxia para que se entreguen a su lectura sin las debidas cautelas que la Iglesia hace obligatorias, aun para los hombres ya formados, y sin la dirección de un sabio maestro que les enseñe “a deslindar con muy delicada cautela lo dogmática y lo naturalmente verdadero, lo dogmática y lo naturalmente erróneo, lo probable y lo meramente posible”. La omisión de aquellas prudentes cautelas o de esta competente dirección no sólo no traerá ayuda alguna al joven estudiante, sino que lo acarreará positiva perturbación al proporcionarle como alimento de su alma, en vez del “sabroso y sustentador pan candeal” de la buena doctrina, que pide y necesita, el veneno de la doctrina herética o insegura que le produzca tal intoxicación espiritual que no la pueda remediar la terapéutica humana sin una intervención milagrosa de la gracia de Dios.

Esto no quiere decir en modo alguno que se prescinda de “una sincera y bien informada estimación del trabajo y la obra de quienes por oficio piensan y escriben”; pues ya indicamos que la Iglesia ha utilizado en todo tiempo las obras, aun de los autores acatólicos, debidamente expurgadas y anotadas, como elementos de formación; y Nos mismo no sólo no hemos subestimado el trabajo y la obra de los que en la presente Carta se citan, sin que con toda sinceridad, y sin perjuicio de señalar, también sinceramente, los errores en que han incurrido, pero salvando siempre el respeto debido a las personas, hemos tributado a esos autores el justo elogio que por su valor literario y humano merecen. Ni tampoco exigimos que se rehuya “el diálogo con el escritor y el profesor, lo mismo si éstos son fieles y seguros desde el punto de vista de la fe como si no lo son tanto”. Lo que queremos sencillamente —y a ello nos obliga un doble imperativo de justicia y caridad con esta esperanzadora juventud de nuestros días— es no enfrentar en tal diálogo, directamente con el autor heterodoxo, sin auxilio externo alguno, en lucha desigual, al joven, irerme por su incompleta formación intelectual: porque en esa lucha indefectiblemente sucumbirá, con pérdida o debilitamiento de su fe, y las inevitables consecuencias en su misma vida moral.

Tampoco tendríamos nada que objetar a la pública proclamación de los méritos reales de aquellos pensadores siempre que

se guardara la debida moderación y salvando los fueros de la religión y de la moral.

Y lo más doloroso es que, aun en el que pudiéramos llamar *nuestro campo*, hay hombres, sin duda de buena fe, que "amando la novedad más de lo debido y también temiendo que los tengan por ignorantes de los progresos de la ciencia", como ha dicho Pío XII (22), se proponen a concesiones con el error que no puede tolerarse y, rindiendo culto a las nuevas tendencias, tratan de unir a los valores más representativos de la intelectualidad católica con los de signo heterodoxo en una síntesis puramente cultural, por encima y al margen de toda divergencia dogmática; como si la cultura pudiera prescindir —so pena de quedar mutilada en lo más esencial— de los grandes problemas que se refieren a Dios, al hombre como "portador de valores eternos", a sus relaciones morales y a su destino ultraterreno; y como si la experiencia no nos enseñara, desde los tiempos del *Kulturkampf* germánico que esa cultura neutralista y ecléctica no es más que el disfraz bajo el que se oculta la guerra a toda idea religiosa.

Desde el momento en que sobre la cima del Gólgota fue inmolada la Víctima Divina, "para ruina y para resurrección de muchos en Israel, y para ser el blanco de la contradicción" (22 bis) de los hombres, hay en el mundo dos culturas inconciliables: la de aquellos que creen en la verdad de Cristo y la de los que han vuelto sus espaldas a la Cruz. Y no cabe armonizar ni integrar estas dos culturas en un patrimonio espiritual único, porque, como dice San Pablo, "¿Qué consorcio hay entre la justicia y la iniquidad? ¿Qué comunidad entre la luz y las tinieblas? ¿Qué concordia entre Cristo y Belial? ¿Qué parte del creyente con el infiel?" (23).

No parece, venerados Hermanos y amados Hijos, sino que han llegado aquellos tiempos que vaticinara el Apóstol de las Gentes, en que los hombres "no sufrirán la sana doctrina; antes, descosos de novedades, recurrirán a maestros conforme a sus pasiones y apartarán los oídos de la verdad para volverlos a las fábulas" (24); maestros que son los mismos "falsos doctores", de quienes dice San Pedro que "introducirán sectas perniciosas, llegando hasta a negar al Señor que los rescató, y atraerán sobre

(22) Encíclica *Humani generis*.

(22 bis) Luc., 2, 34.

(23) 2 Cor., 6, 14-15.

(24) 2 Timoth., 4, 3-4.

sí una repentina ruina, y a quienes muchos seguirán en sus liviandades, y por causa de ellos será blasfemado el camino de la verdad" (25).

Es todo un plan concertado para perder a España, con la impiedad de la falsa ciencia y la procacidad de esa moderna literatura —que, resucitando con peor fortuna el naturalismo del siglo XIX, quiere, so pretexto de realismo, poner ante nuestros ojos el espectáculo de la vida real que, como decía Menéndez Pelayo, "es, por cierto, bien triste espectáculo"—, completadas con la inmoralidad de los espectáculos, de las modas y de las costumbres públicas; plan que viene desarrollándose sistemáticamente en nuestro país, en sospechosa coincidencia con otra campaña de desprestigio de todo lo genuinamente español que se realiza en el extranjero, lo que hace pensar en la existencia de una verdadera conjura de hondas raíces internacionales y de posible inspiración masónica, cuya finalidad esencial sería la destrucción de nuestra unidad católica, en defensa de la cual lucharon y, muriendo, triunfaron nuestros mejores, en la por muchos olvidada, cuando no tergiversada, Cruzada Nacional.

(25) 2 Pet., 2, 1-2.